



## Un pequeño hombre - gallo

---

Un antiguo paciente, que debido a ello participaba en las investigaciones psicoanalíticas, me señaló el caso de un niño susceptible de interesarnos. Se trataba de un niño que tenía entonces cinco años, el pequeño Arpad, que según el sentir unánime de sus vecinos había tenido hasta los tres años y medio un desarrollo mental y físico regular y había sido un niño completamente normal; hablaba corrientemente y daba muestras de gran inteligencia en sus palabras.

Bruscamente sobrevino un cambio. Durante el verano de 1910, la familia acudió a un balneario austriaco donde ya había estado el verano precedente, y alquiló una habitación en la misma residencia. Desde la llegada, el comportamiento del niño cambió de manera singular. Antes se interesaba por todos los sucesos que atraen la atención de un niño tanto en el interior como en el exterior de una casa; pero a partir de aquel momento su interés se centró en una sola cosa: el *gallinero* que había en el patio de la granja. Al amanecer acudía junto a las aves, las contemplaba con un interés infatigable e imitaba sus ruidos y sus andares, llorando y gritando cuando se le obligaba a alejarse del corral. Incluso lejos del gallinero, no hacía más que *lanzar kikirikis* y *cacarear*. Se comportaba de este modo durante horas, respondiendo a las preguntas que se le hacían mediante estos gritos animales, y su madre comenzó a temer seriamente que el niño olvidara hablar.

Esta rareza del pequeño Arpad persistió durante todas las vacaciones. Cuando la familia regresó a Budapest, él volvió a utilizar el lenguaje humano, pero su conversación versaba casi exclusivamente sobre los gallos, las gallinas y los pollos, y a lo sumo sobre las ocas y los patos. Su juego habitual, que repetía muchas veces por día, era el siguiente: hacía gallinas y gallos doblando papel de periódico y los ponía a la venta, después cogía un objeto cualquiera (en general una escobilla lisa) a la que llamaba cuchillo y ponía su «ave» bajo el grifo (donde la cocinera tenía la costumbre de matar los pollos) y cortaba el cuello de su pollo de papel. Mostraba cómo sangraba el gallo e imitaba perfectamente con el gesto y con la voz su agonía.

Cuando se vendía pollos en el patio, el pequeño Arpad no podía estarse quieto: corría a la puerta, entraba y salía, y no cejaba hasta que su madre no compraba uno. Deseaba claramente asistir a su degüello. Sin embargo, tenía mucho miedo a los pollos vivos.

Sus padres le habían preguntado muchas veces por qué tenía miedo del gallo y Arpad contaba siempre la misma historia: cierto día había entrado en el gallinero y había orinado en su interior; un pollo o un capón de plumaje amarillo (a veces decía que marrón) le picó el pene, e Ilona, la criada, le curó la herida. A continuación se le cortó el cuello al gallo, que «reventó».

Los padres del niño se acordaban efectivamente de este incidente que había ocurrido durante el verano primero que pasaron en el balneario, cuando Arpad tenía dos años y medio. Un día, la madre oyó al niño gritar fuertemente y supo por la criada que tenía mucho miedo de un gallo que había intentado picarle en el pene. Como Ilona ya no estaba al servicio de la familia, fue imposible averiguar si Arpad resultó herido en aquel momento o bien si Ilona le había puesto un apósito para tranquilizarle, tal como recordaba la madre.

Lo notable en esta historia es que el efecto psíquico de este suceso sobre el niño apareciera tras un período de latencia de un año entero con ocasión de la segunda permanencia en la granja, sin que ocurriera nada en el intervalo que pudiera explicar a la familia del niño la súbita reaparición de su temor a las aves y su interés por éstas. Sin embargo, no me detuvieron estas dificultades y planteé a la familia del niño una cuestión suficientemente justificada en la experiencia psicoanalítica, a saber: si durante este período habían amenazado al niño -como sucede a menudo- con cortarle el pene a causa de los tocamientos voluptuosos que practicaba sobre sus órganos genitales. La respuesta, dada le mala gana, fue que efectivamente al niño le gustaba ahora (a los cinco años) jugar con su pene, que se le castigaba a menudo, y que no era imposible que alguien le hubiera amenazado alguna vez con la castración, «en broma»; era exacto que Arpad tenía esta mala costumbre desde hacia «mucho tiempo»; pero no podían decirme nada sobre si la tenía ya durante el año de latencia.

Puede verse a continuación cómo Arpad no había escapado posteriormente a esta amenaza; puede incluso mantenerse como verosímil la hipótesis según la cual la amenaza sufrida en el intervalo fue la que provocó un estado emocional tan intenso cuando revivió la escena de su primera experiencia terrorífica en la que, de forma similar, había sido amenazada la integridad de su pene. Naturalmente no puede excluirse otra posibilidad, a saber: que el primer susto fue excesivamente grande a consecuencia de una amenaza de castración anterior y que la emoción, al volver a ver el gallinero, puede atribuirse al crecimiento de la libido ocurrido en el intervalo. Desgraciadamente ha sido imposible reconstruir mejor tales circunstancias y en consecuencia debemos contentarnos con la probabilidad de esta relación causal.

En el examen personal del niño no reveló nada sorprendente ni anormal. En cuanto entró en mi despacho, fue precisamente un pequeño gallo salvaje en bronce el que atrajo su atención, entre los muchos adornos que había; me lo trajo y me preguntó: «¿Me lo das?» Le di papel y lápiz con el que dibujó rápidamente (no sin arte) un gallo. Entonces le pedí que me contara el asunto del gallo. Pero estaba cansado y prefirió volver a jugar con sus cosas. La investigación psicoanalítica directa no era posible y tuve que limitarme a anotar las frases y los comportamientos significativos del niño para la dama que se interesaba en el caso y que podía, por ser vecina y conocida de la familia, observarlo durante mucho tiempo. Sin embargo, pude apreciar por mí mismo que Arpad poseía una gran vivacidad de espíritu y que no carecía de dones; pero era cierto que su actividad mental y sus talentos se hallaban centrados fundamentalmente sobre los objetos emplumados del corral. Cacareaba y lanzaba kikirikis de manera magistral. Al alba, despertaba a toda la familia -un verdadero cantamañanas- con un vigoroso canto. Tenía sentido musical, pero no cantaba más que canciones en las que se hablaba de gallinas, de pollos y de otros volátiles. Le gustaba sobre todo esta canción popular:

«Debería ir a Debreczen,  
para comprar un pavo.  
y después: «Ven, ven, ven mi pollito», y también:  
«Bajo la ventana hay dos pollitos,  
dos gallitos y una gallinita.»

Sabía también dibujar, como he dicho antes, pero dibujaba exclusivamente pájaros con grandes picos, todo ello con gran habilidad. De esta forma puede verse en qué dirección trataba de *sublimar* su pujante interés patológico por estos animales. Sus padres, al ver que sus prohibiciones no producían ningún efecto, tuvieron que acomodarse por último a sus manías y consintieron en comprarle juguetes que representaban diversos pájaros de un material irrompible, con los cuales se dedicaba a toda clase de juegos imaginarios.

En general, Arpad era un hombrecito alegre, pero muy insolente si se le pegaba o se le reñía. Rara vez lloraba y jamás pedía perdón. Dejando aparte estos rasgos de su carácter, daba muestras indiscutibles de verdaderos síntomas neuróticos; era miedoso, soñaba mucho (naturalmente con aves) y tenía a menudo un sueño agitado («¿Pavor nocturnus?»).

Las frases y acciones de Arpad anotadas por mi corresponsal muestran en su mayoría un placer poco común en fantasear sobre crueles torturas aplicadas a las aves. Ya he mencionado su juego típico: la imitación del degüello de los pollos; debo añadir ahora que en sus «sueños con aves» veía por lo general pollos y gallos «destripados».

Puedo incluso transcribir literalmente algunas de sus frases características: “Quisiera tener, dijo un día bruscamente, un gallo vivo *desplumado*. Que no tuviese ni alas, ni cola, sino sólo una cresta, pero que pudiera andar”.

En cierta ocasión jugaba en la cocina con un pollo que la cocinera acababa de matar. Repentinamente fue a la habitación vecina, cogió del cajón del armario unas tenazas y gritó: “*Ahora voy a arrancar los ojos ciegos de este pollo destripado*. El momento en que se degollaba a un pollo era para él una fiesta. Era capaz de danzar durante *horas* alrededor del cadáver de los animales, presa de una intensa excitación. Si alguien le preguntaba mostrándole el gallo degollado: «¿Quisieras que reviviera?» «¡Claro!, lo degollaría yo mismo en el acto». A menudo jugaba con manzanas y zanahorias (a las que calificaba de pollos), cortándolos en pequeños trozos con un cuchillo. En cierta ocasión se empeñó en arrojar al suelo un jarrón decorado con gallos.

Sin embargo sus afectos hacia las aves no se componían simplemente de odio y crueldad, sino que eran *ambivalentes*. Muy a menudo abrazaba y acariciaba al animal muerto, o bien, cacareando y piando sin cesar, «alimentaba» a su oca de madera con maíz, como le había visto hacer a la cocinera. Un día, arrojó con rabia su muñeca irrompible (una gallina) en la sartén porque no conseguía desgarrarla, pero acudió enseguida a retirarla, la limpió y la acarició. Los animales de su libro de dibujos tuvieron por el contrario peor suerte: Los cortó en trozos y naturalmente no pudo resucitarlos, lo que le contrarió mucho.

Si estos síntomas surgieran en un enfermo mental adulto, el psicoanalista dudaría en interpretar este amor y este odio excesivo hacia las aves como una transferencia de afectos

inconscientes que se refieren de hecho a seres humanos, probablemente a parientes próximos, pero que son rechazados y sólo se manifiestan de esta forma desviada y desfigurada. Enseguida se interpretarían los *deseos de desplumar y de cegar* al animal como símbolo de *intenciones castradoras* y se consideraría el conjunto de los síntomas como una reacción frente a la angustia que inspira al enfermo la idea de su propia castración. La actitud ambivalente llevaría al analista a sospechar que en el psiquismo del enfermo se equilibran mutuamente los sentimientos contradictorios: y, debido a numerosas experiencias psicoanalíticas, llegaría a suponer que esta ambivalencia se refiere al padre, el cual, aun siendo respetado y amado, es al mismo tiempo odiado a causa de las restricciones sexuales que impone. En resumidas cuentas, la interpretación psicoanalítica se enunciaría así: el *gallo* significa el *padre* en este conjunto de síntomas.

En el caso del pequeño Arpad podemos ahorrarnos el trabajo de interpretación. La labor del rechazo no había tenido tiempo de disimular completamente el significado real de sus extravagancias; el fenómeno primitivo, el rechazado, se manifestaba en sus palabras e incluso se presentaba a veces abiertamente con una franqueza y una brutalidad sorprendentes. Su crueldad se manifestaba a menudo contra los seres humanos y con mucha frecuencia estaba orientada hacia la zona genital de los adultos: «Te voy a dar un golpe en la cazcarria (*¡sic!*), en el trasero». le gustaba decir a un muchacho algo mayor que él: «Te voy a cortar la del *medio*» dijo otra vez con más claridad.

A menudo estaba preocupado por la idea de la ceguera. «¿Puede dejarse ciego a alguien con fuego o con agua?», preguntó a una vecina un día.

Los órganos sexuales de las aves le interesaban vivamente, era preciso darle explicaciones sobre el sexo de cada ave degollada; ¿se trataba de un gallo, de una gallina o de un capón?

Un día se precipitó sobre la cama de una niña gritando: «Te voy a cortar la cabeza, la pondré sobre tu vientre y me la comeré entera».

Otro día dijo repentinamente: «Quisiera comer *mamá guisada* (por analogía por el pollo guisado); mamá puesta a cocer en una cacerola, será mamá confitada y yo la podré comer.» (Gruñó y danzó). «Le cortarían la cabeza y la comería así» (y acompañaba sus palabras con gestos como si comiera algo con un cuchillo y un tenedor).

Tras tales deseos caníbales, tenía actitudes de arrepentimiento, en las que de manera masoquista deseaba ser cruelmente castigado. «Quisiera ser quemado», gritaba. Y después: «Que me corten un pie y que lo echen al fuego.» «Quisiera abrirme la cabeza. Quisiera cortarme la boca para no tenerla más.»

Para que no fuera posible dudar que designaba a su propia familia mediante las palabras gallo, gallina y pollo, un día declaró bruscamente: «¡Mi padre es el gallo!», y en otra ocasión: «Ahora yo soy pequeño, luego soy un pollito. Cuando sea mayor me convertiré en gallina. Y cuando crezca aun mas seré un gallo. Cuando sea muy grande seré un cochero.» (El chófer que conducía el automóvil parecía impresionarle aún más que su padre.)

Tras estas declaraciones hechas por el niño sin ninguna presión, podemos comprender un poco mejor la intensidad de su emoción cuando contemplaba incansablemente la actividad

del corral. Todos los secretos de su propia familia, sobre los que no obtenía en casa ninguna información, podía contemplarlos entonces a gusto; los «animales caritativos» le mostraban sin dificultad todo lo que podía ver, sobre todo la actividad sexual incesante de gallos y gallinas, la puesta de los huevos y la eclosión de la pollada. (Las condiciones de la habitación de sus padres eran tales que el pequeño Arpad pudo sin duda ninguna enterarse de estas cosas en su casa.) Como consecuencia, se vio obligado a satisfacer su curiosidad despertada de este modo contemplando incansablemente a los animales.

Debemos también a Arpad la confirmación de nuestra hipótesis según la cual su temor enfermizo al gallo debe atribuirse, en último término, a una amenaza de castración recibida por haber practicado el onanismo.

Una mañana preguntó a la vecina: «Dime, ¿por qué muere la gente?» (respuesta: «Porque se hacen viejos y se fatigan»). «¡Hum! ¿Entonces, mi abuela era vieja? ¡No!, no era vieja y sin embargo se murió. ¡Oh!, si hay un dios. ¿por qué me hace siempre caer? (pensaba: dar un mal paso: sufrir una caída, caer bajo). ¿Y por qué es preciso que muera la gente?» Después se interesó por los ángeles y por las almas y se le dijo que no eran más que cuentos. Se quedó helado y dijo: «¡No! ¡No es cierto! Hay ángeles. Yo he visto uno que llevaba los niños al cielo.» A continuación preguntó espantado: «¿Por qué mueren los niños?». y: «¿Cuánto tiempo se puede vivir?». Sólo consiguió calmarse con dificultad.

Se supo que aquella misma mañana la criada había levantado bruscamente la ropa de la cama y viéndole tocarse el pene le había amenazado con cortárselo. La vecina se esforzó por animarle, asegurándole que no se le haría ningún mal y que además todos los niños hacían lo mismo. Pero Arpad respondió indignado «¡No es cierto! Todos los niños no ¡*Mi papá nunca lo ha hecho!* »

Ahora podemos comprender mejor su odio inextinguible contra el gallo que pretendió hacer a su pene aquello de que había sido amenazado por los “mayores”; lo mismo que la gran estima en que tenía a este animal sexuado que osaba hacer todo lo que a él le hubiera llenado de un miedo horrible; también podemos comprender los crueles castigos que se imponía (debido a su onanismo y a sus fantasías sádicas). Como para completar el cuadro, comenzó en los últimos tiempos a interesarse por los temas religiosos. Los viejos judíos barbudos le inspiraban un gran respeto mezclado con temor. Pidió a su madre que hiciera entrar a aquellos mendigos en casa. Pero si uno de ellos venía, él se ocultaba y lo observaba a distancia; cuando se había alejado, Arpad bajaba la cabeza y decía: “He ahí un gallo mendigo” Decía que le interesaban los judíos ancianos porque venían de “la casa de dios” (del templo).

Para concluir, añadiremos una última aclaración de Arpad, que demuestra que su observación de las actividades de las aves realizada durante mucho tiempo no fue en vano. Un día dijo a la vecina con la mayor seriedad: «Me casaré contigo, con tu hermana y con mis tres primas y además con la cocinera; no, mejor con mamá que con la cocinera”. Pretendía convertirse en un “gallo de pueblo”.

Próximo escrito

Un síntoma transitorio: La posición del enfermo durante la cura

